

hualoyan, y los asolaron á sangre y fuego. Al catorceno salieron contra los de Cuexcomaixtlahuacan, y se les huyeron, encastillándose en un cerro que llaman Quetzaltepec; y siendo éstos sujetos al rey de Tezcoco, envió el año siguiente un ejército copioso y los vencieron, y sujetaron á los de Iztactlalocan. En esta guerra se señaló en valentía el señor de Tlatelolco, Quauhtemoc, en servicio del tezcocano, que era todavía señor cuando los españoles ganaron á México, y vencieron á Tlatelolco.

CAPITULO XX.

De la muerte de Netzahualpilli, rey de Tezcoco, y de los sucesos que prosiguen.

160. El año quince del reinado del emperador Motecuhzuma, se retiró Netzahualpilli á sus jardines de Tetzcutzinco con su mujer Xocotzin, con tres ó cuatro mujeres para su servicio, habiendo llamado á los de más cuenta de su reino, y nombrando dos señores que gobernasen por él, por hallarse viejo y cansado, que habia gobernado cuarenta y tres años. Mandó á sus hijos no saliesen de la ciudad. A los seis meses que estuvo en los jardines, ya saliendo á la caza, ya comunicando con sus astrólogos (porque era inclinado á expecular los movimientos de los astros), se vino á la ciudad: mandó á su mujer se retirase á sus palacios de Tecpilpan con sus hijos, y él se fué á su palacio, donde se ocultó de tal suerte, que aunque preguntaban por él no lo vía nadie. Pasados algunos dias, sus hijos hicieron instancias por verlo, y dos viejos que con él se habian quedado dijeron era ya muerto, y que les habia

mandado no se divulgase su muerte. Mostraron una figura en el trono, que sin pompa quemaron, y se quemó tan fácilmente como si fuera de trapos; y de aquí nació la bárbara opinion de que no habia muerto, sino que habia sido trasladado á los reinos centronales á gobernarlos.

161. Luego que quemaron su figura, se juntaron á la eleccion de rey. Llamaron á los tres hijos, á Cacama, Coanacotzin é Ixtlixochitl. Propuso el mas anciano, y primer voto, el que Cacama entrase en el gobierno, y al punto el hijo menor Ixtlixochitl (que era de 19 años), sin aguardar á que otro hablase, se levantó en pié y dijo: El rey mi padre no dejó declarada cosa alguna cerca del gobierno; y siendo tan sabio, si hubiera muerto, le nombrara; y pues no le nombró, creo que no se ha muerto, y vi- viendo no hay razon para nombrarle, sino que prosigan los Consejos gobernando hasta saberse con certidumbre su muerte; y dado caso que por mayor de edad le viniese á Cacama, ó á su hermano Coanacotzin, por valor de personas me viene el reino, porque aunque son mayores, ninguno de los dos es mas valiente; fuera de que Cacama es muy del emperador Motecuhzuma, mi tio: quieréle porque le halla tan de cera, que imprimirá en él su figura, y debiamos acordarnos, que á mi padre le dijo que él era rey de reyes; y será muy posible que, como á los demás, nos haga á nosotros sus tributarios. Y saliéndose con esto de la sala, se fué á darle parte

á su madre Xocotzin, que fué de su mismo parecer. Cacama partió luego á México, viéndo que los señores se mostraban tibios y que eran muchos los que se mostraban á Ixtlixochitl afectuosos. Salióse el mancebo de Tezcoco viéndo que Cacama, su hermano, se habia ido á México, y fuése á Mezquitlan, que es la sierra Alta, donde vivian los ayos que lo habian criado. Avisó algunas jornadas ántes, y salieron á recibirlo con bailes y festejos, sirviéndole como propio. Propuso el caso, y luego juntó cien mil hombres de guerra para la empresa: en el interin dió el emperador Motecuhzuma gente de autoridad y de guerra para que fuese á la jura del reino: acompañóle Cuitlahuac, señor de Iztapalapan y hermano del emperador Motecuhzuma, y á pocos dias llegó nueva cómo venia Ixtlixochitl con poderoso ejército. En Tepepulco fué bien recibido Ixtlixochitl; y al querer llegar á Otumba envió mensajeros que le recibiesen por rey, y ellos respondieron que no conocian mas que á Cacama por su rey; y saliendo los otompanecas á defenderse, mataron al señor de aquella provincia, y ellos se retiraron cobardes y se apoderó Ixtlixochitl de la ciudad.

162. Como se supiese en Texcoco y en México aquesta nueva, Cacama procuró guarnecerse de gente, juzgando que le entraria á ofender; pero Ixtlixochitl, que se vió señor de todas aquellas provincias y de la de Otompan, puso presidios en Aculman y Chiconautla, Papalotlan, Tecaman,

Tzumpanco y Huehuetocan, que eran las fronteras por donde los de Tezcoco y México les pudieran hacer combate. Luego las provincias de Tlaxcalla, Cholollan, hasta las marítimas, le enviaron á ofrecer ayuda, por librarse del poder del emperador Motecuhzuma. Él aceptó el favor y respondió que avisaria siendo menester: su intento no fué el hacer mal, porque á los tezcocanos que venian á él los recibia y regalaba, y de aquí resultó que Cacama determinó enviar á unos señores deudos suyos, y á quien Ixtlixochitl respetaba, enviándole á decir que si queria quedarse con las provincias de la sierra lo hiciese, que él se contentaba con las provincias que le quedaban á Tezcoco sujetas, y que tenia determinado de partir con su hermano Coanacotzin la tercia parte de sus rentas. Él respondió á los señores: Hagan lo que quisieren mis hermanos, que mi intento no ha sido el hacerles mal, sino reprimir el que les podia venir. Despidiéronse los señores, y se conservó Ixtlixochitl en aquel gobierno hasta que los españoles entraron en la tierra.

163. Dícese del rey Netzahualpilli (porque digamos algo de su vida cuando tratamos de su muerte), que era dotado de gallardo entendimiento, y con él supo gobernar y ser señor de los corazones de sus vasallos y aun de los reyes extraños. Teníanle por encantado, porque en su niñez las amas que le criaban le vían en la cuna, ya en figura de leon, ya de águila que volaba, pronóstico de su valor y discre-

cion. Fué muy dado á entender los movimientos de los astros, y á todos los que sabian de esto los traía á su corte. En el palacio que hizo para sí luego que entró en el reino (que hoy está cerca del convento de Tezcoco), hizo un lugar encima de las azoteas de cuatro paredes de una vara de alto en que cabia un cuerpo acostado, y en cada esquina una asta de donde pendia un cielo, donde se iba con los astrólogos á contemplar las estrellas: el cielo era de algodón. Cuéntase tambien que decia ser detestable la idolatría, porque eran maderos solamente los dioses que adoraban, y en especial abominaba el sacrificar hombres; doctrina que aprendió de su padre Netzahualcoyotl, y por razon de Estado lo permitia, aunque todo lo posible lo excusaba. Tenia un corredor con celosías de manera que pudiese ver y no ser visto, y de allí vía los pobres; y en viendo á una mujer rota con sus hijuelos, la mandaba llamar y la vestia á ella y á sus hijuelos, y conforme su necesidad la sustentaba. Mandó que todos los huérfanos, viejos y enfermos, acudiesen á su palacio á recibir cada dia el sustento, y á sus necesidades el socorro. A los soldados que en las guerras habian quedado baldados les daba racion, segun la calidad de cada uno, y entre año los vestia y mandaba dar lo necesario; y porque no tuviesen las personas que tenia diputadas para esto algun descuido, él en persona con vigilancia y cuidado los visitaba, para saber si algo de lo necesario les faltaba.

Éra tan puntual en observar las leyes puestas por él y por el reino, que á un hijo suyo, el mayor, llamado Huexotzincatzin, que era capitan general de los ejércitos, le mandó quitar la vida porque en el palacio le dijo á una mujer concubina suya algunas liviandades, acusado de la dueña que cuidaba de ellas: y no fué poderosa la reina su madre, ni la intercesion de los grandes, para que no se dejase de cumplir la ley; aunque lo sintió tanto, que estuvo cuarenta dias encerrado y sin comer cosa de importancia, llorando la muerte del hijo que tanto amaba, pudiendo con él más la obediencia de la ley, que el amor paternal de padre.

CAPITULO XXI.

En que prosiguen los sucesos del tiempo del gran emperador Motecuhzuma.

164. Muerto Netzahualpilli, quedó el concierto de ayudarse los tres reyes como de ántes con Cacama, que entró en el reino de Tezcoco con el emperador Motecuhzuma y Totoquihuatzin, rey de Tlacopan, juntándose mexicanos que llamaban tenochcas, aculhuas, texcocanos y tepanecas de Tlacopan. Estos, pues, habian entrado en este tiempo á las provincias de Guatemala, y de allí á las de Nicaragua, conquistando aquellas tierras, ricas de oro, cacao, plumas verdes, bálsamo y otros licores y resinas que son para los naturales, y aun para todos, de estima: unos se daban de paz; otros, que querian ser valientes, destrozados se rendian: solamente los de Nicaragua mostraron resistencia; y en la batalla, como iban cansados del camino y enfermos muchos, les mataron algunos, y usaron de maña y ardid, que fué dividirse en dos escuadras: una quedó escondida, y la otra pidió paz, diciendo que ellos no venian

á hacerles mal, que pasaban adelante, y que saldrían como les diesen hombres de carga. Diéronles dos mil cargadores; y ya que habían los unos salido, dieron orden de acometer, y cogiéndolos en medio los vencieron, y fueron de ellos los muertos muchos. Pasaron hasta la Verapaz, dejando más de cuatrocientas leguas sujetas al imperio de Motecuhzuma, cuyo nombre era en todo el Nuevo Mundo temido, y entraron ricos y victoriosos, y partieron los tres reyes de los espolios.

165. El año quince vinieron los huexotzincas á pedir treguas y favor á los tres reyes, con tal que los dejasen tratar y contratar, y que fuesen de presidio mexicanos, aculhuas y tepanecas á guardar las tierras y laderas del volcan. Sabiendo los tlaxcaltecas de este presidio que se ponía en sus fronteras, le salieron al encuentro y tuvieron una batalla muy reñida en que murieron muchos de una y otra parte; y fué muy celebrada guerra, por ser entre hombres de valor. En esta guerra, un señor de Huexotzinco, llamado Tlachpanquizqui, que había cometido adulterio con dos mujeres de otros dos señores, y había sido acusado para que lo castigase el emperador Motecuhzuma, porque prendió á un valeroso capitán tlaxcalteca que hacía hazañas famosas contra los mexicanos, fué perdonado de la culpa.

166. El año diez y seis vino el ejército mexicano victorioso de las provincias de Zentzontepec, de donde trujeron (dejando assoladas las provincias) número

grande de cautivos; y juntando todo su poder los mexicanos, tuvieron guerra con los tlaxcaltecas, donde muchos de los confederados murieron, y de los mexicanos tres mil doscientos, y entre ellos cinco capitanes de valor, y se retiraron. El de diez y siete fueron los tres reyes á las provincias de chichimecas de Mazatzintla y Zacatepec, y los vencieron y trujeron rica presa y cautivos. Los huexotzincas prendieron á un capitán tlaxcalteca llamado Tlahuicole, tan valiente, que en oyendo los enemigos su nombre huían de su valor, porque era de tan grandes fuerzas que la macana con que él peleaba no podía el hombre de más fuerzas levantarla del suelo. Metiéronle en un lugar cenegoso, donde, atascado, no pudo usar de sus fuerzas; y á toda diligencia lo ataron, y en una jaula lo trujeron á Mexico y se lo presentaron al emperador Motecuhzuma, quien, sabiendo quién era, lo puso en libertad y dió permiso para que se volviese á su tierra, con mercedes que le hizo. No quiso aceptar la merced que le hacía, ántes, con instancia, le pidió le sacrificase á los dioses. Montecuhzuma, que estimaba por su valor su vida, le hizo capitán general de un ejército que envió á Maravatío, á Acámbaro y Tzinapícuaro. Mostróse valeroso y trujo mucho oro y plata y cautivos tarascos, de que quedaron alegres los mexicanos. Agradecido el emperador Motecuhzuma le volvió á ofrecer el que se fuese libre, dándole muchos dones, ó que se quedase en su corte por su

capitan; pero Tlahuicole, ni uno ni otro aceptó: á lo primero, dijo que no le convenia volver á su ciudad afrentado por haber sido cautivo; á lo segundo, qué se diria de él, siendo su capitan, que era traidor á su patria, ayudando al enemigo; y así se quedó como cautivo, aunque el emperador no lo trataba como tal.

167. El año diez y ocho permitió á los de Huexotzinco se fuesen á sus casas y les quitó el presidio. Dedicaron un nuevo templo, llamado Cohuatlan, donde fueran á sacrificar los cautivos, que fueron en número excesivo. El año diez y nueve entraron los epañoles, y tomaron las guerras y sucesos otro corriente, de que se tratará en la tercera parte, juntamente con su trágica muerte, y ántes tendrá lugar de tratar de la grandeza en que ocupaba la vida.

CAPITULO XXII.

De la grandeza con que el emperador Motecuhzuma se trataba, y del modo con que se gobernaba.

168. Muchos han tratado de la grandeza de este emperador, cuya soberbia comparan con la de Nabucodonosor; y aunque no se hizo adorar como dios, como lo hizo aquel, fué tal la adoracion que le daban, que era de un hombre endiosado, más que humano. Trató de esto el padre fray Bernardino de Sahagun en los manuscritos que tengo, de donde copiaron los padres Torquemada y fray Gerónimo de Mendieta; pero lo mas sucinto y circunstancias especiales está en las relaciones que el invicto Fernando Cortés hizo al emperador Carlos V, impresas en latin el año de 532 (en Colonia impresas), de que hay muy pocas en el reino, y las tengo en mi poder, y de ellas copió Antonio Herrera (*Décad. 2, lib. 7, cap. 7*) en su Historia General.

169. Guisábase en la cocina de cuanto se vendia en la plaza, sin lo que traían los cazadores y tributarios, de carne y de pescado. Antes de sentarse á

la mesa, venian veinte mujeres con aguamanos, y sentábase despues á la mesa, que era una almohada é dos cueros de colores: la silla era un banquillo bajo (que llaman yepalli), con su espalda, hecho de una pieza, cavado el asiento, y el respaldo labrado de talla, y de colores pintado: los manteles unas toallas de algodón tan finas como la breña, y blancas como la nieve. Las toallas que una vez servian no servian otra, porque por haber servido á la mesa del emperador, quedaban para los oficiales de boca y caballeros. Traían á una sala la comida cuatrocientos pajes, hijos de señores; y cuando salia á comer la vianda, con una vara señalaba de lo que le habian de dar, y luego le ponian debajo un brasero con lumbré. Administrábale uno de los señores los platos que habia elegido; y si al mayordomo le parecia, le enviaba de otros por estar sazoados. Asistíanle á la comida, apartados, seis ancianos, á quienes enviaba de los platos que más le sabian, por favor. Comia solo, y despues de él los pajes y tres mil soldados de guarda, que tenia en los patios; y por esto se administraban tres mil platos, y tres mil vasos de vino. Jamás, por esta causa, se cerraba la despensa y botillería, por lo que entraba y salia de ordinario. Servíase siempre con música de flautas, y caracoles, y atabales, y todo con mucho silencio. Asistian enanos y truhanes, de que gustaba el emperador, porque decia que entre algunas burlas suelen decir muchas verdades

que no llegan á los oídos de los príncipes. Las escudillas en que comia eran de barro; y en tiempo de fríos iban con unos braseritos debajo con lumbré: y no se servia al emperador mas que una vez con ellas, porque tenian por bajeza la continuacion del servicio de una vasija; y así la llevaban al templo para los sacrificios y fiestas de los dioses, y parte de ella se daba á los señores; y aunque tenia gran vajilla de oro y plata con diversas figuras de animales, usaba poco de ella. El maestresala, de rodillas y sin zapatos, le administraba la copa para beber, que unas veces era una jícara y otras un caracol, otras de concha, y algunas de oro y plata. Levantados los manteles, llegaban las veinte mujeres y le daban aguamanos, y todos sin levantar el rostro ni mirarle á la cara, y con esto se iban todos á comer. Quedábase alguno de los señores, si le llamaba, para conversar; y si le parecia reposaba un poco, si el tiempo lo pedia, arrimado al espaldar del banquillo, que era acomodado para tomar el sueño.

170. Despues daba audiencia con mucha afabilidad, llamando para esto á los secretarios, por quienes decretaba. Los que entraban á negociar entraban sin zapatos, que los dejaban afuera ó los llevaban en la cinta debajo de la tilma. Ninguno, si no era pariente del emperador, entraba con tilma de gala: echábanse una grosera sobre ella, porque decia era grosería entrar delante de los emperado-

res muy galanés. Hacían todos al entrar tres reverencias, y hablaban con la cabeza baja y los ojos en el suelo, sin mirarle al rostro, tan bajo que apenas se entendía; y si alguno se turbaba, lo remitía á su secretario para que le oyese. Por esto extrañaron mucho el ver cómo hablaban con Cortés, mirándole á la cara y recio, porque decían ser señal de poca reverencia. Respondía á todos con buen semblante halagüeño, y en pocas palabras; y siendo despedidos, se volvían á salir de la sala, sin volver las espaldas, con la misma reverencia con que entraron.

171. Acabada la audiencia, entraban á acompañarle los señores, si los llamaba, y mandaba se hiciese el entretenimiento que gustaba ó que cantasen las grandezas y hazañas de sus antepasados. Los instrumentos eran unos atabales chicos y otro grande que llaman toponaztli, de un palo de una pieza hueco, con un pellejo de venado muy estirado, de vara y media de alto, que se toca con unos palos como de atambor, con los extremos de cosa blanda. La música era sin arte, que despues aprendieron el canto y la música; y el primero que los enseñó fué aquel insigne varón fray Pedro de Gante, que enseñó todos los oficios, porque le dió Dios ciencia de los artes liberales. Otras veces bailaban al són del toponaztli (y esto era en las fiestas) con un ramillete de flores en las manos y un tecómate cerrado, con piedrecillas dentro, de que pende un palillo: á

éste llaman ayacachtli, haciendo con él el són que el téponaztli. Para esto se vestían ricamente, y se ponían unas cabezas de águila, otros de diversos animales, otros en la cintura una figura de palo cargando, que parecía cargar á cuestras otro el que bailaba: juntábanse seis y ocho mil danzantes, que llamaban mitoti, que en hileras de ocho y de diez en circuito bailando; y solían estar bailando cuatro horas, porque en cansándose se salían á tomar refresco algunos, sin que se pudiesen echar ménos. Esto observan hoy en las fiestas, si bien son pocos los que bailan.

172. Gustaba tambien del juego de matachines, que era subirse uno encima de otro, y sobre estos danzaba uno con ligereza. Otras veces gustaba de ver los jugadores de piés, que acostados juegan con los piés un palo grueso y rollizo de tres varas con notables vueltas que le dan, y hoy lo usan. A este palo jugaban al trepar, porque puesto en los hombros de dos hombres, con ligereza se trepaba uno, haciendo, como en la maroma, diversas suertes.

173. Jugaba con los señores á la pelota, y gustaba de ver jugar. El lugar donde se jugaba llamaban tlachui (que es lo mismo que en España trinquete). Era una sala baja, larga y estrecha, y alta, mas ancha de arriba que de abajo, y mas alta á los lados que á las fronteras, muy encalada y lisa en las paredes, y en el suelo ponían en ella dos figuras de ídolos al dios de la pelota y al del juego.

Tenian á los dos lados dos piedras como de molino, algo altas, con su agujero en medio, que apenas cabia la pelota: el que colaba por el agujero la pelota, ganaba el juego, y era rara victoria y celebrada, y lo tenían por dichoso y decian que moriría presto. Eran las capas de todos los que asistian suyas; y así, en colando la pelota, echaban todos á huir por librarlas. El lugar lo dedicaban en un día de buen signo, con ciertas ceremonias que hacian, y venia un religioso del templo mayor con otros á bendecirlo. Decia ciertas palabras y echaba la pelota cuatro veces por el juego, y con esto podian jugar. Esto se hacia con toda autoridad, porque decian que aquel juego era alivio de los corazones. La pelota era de ullin, que es resina de un palo, amasada, que salta más que las pelotas de viento; tanto, que parece cosa viva, y van á tantas rayas: de ordinario era á tres. Jugaban tantos á tantos; y no al azar, sino á vencer y á defender la pared que le tocaba. La gala era recibirla en las nalgas; y para esto se ponian unos cueros crudíos para que se saltase, y en tocándole en otra parte perdía la raya: y era el juego como quien juega á la hueca que llaman en España. El señor de la casa del juego de la pelota no jugaba si no era haciendo cierto sacrificio á los dioses. A este juego llevaba el emperador Motecuhzuma á los castellanos, y gustaba de verlos jugar á los naipes y dados, y les daba para que jugasen. Algunas veces jugaba

al bodoque con Cortés y Pedro de Alvarado; y si perdía, daba un tejuelo de oro que valia cincuenta ducados, y Alvarado pagaba con una piedra de chalhuite. Una tarde perdió más de cuarenta tejos, y holgábase de perder por tener ocasion de dar.

174. Otro juego habia, al modo de tablas reales, que llamaban patolli. Jugábase con habas ó frijoles, hechos unos puntos en ellos á manera de dados. Echábanlas con dos manos sobre una estera, y conforme el punto, iban quitando piedras y poniendo piedras de colores diferentes sobre unas rayas á manera de aspas, atravesando unas y derechas otras, señalando el punto que cayó. De estos y otros entretenimientos gustaba, y con tanta grandeza en el vestir, que cuatro veces al día se vestía diferente manta, y no le servia la que una vez se ponía, y éstas dellas servian á los criados, y de ellas servian al templo.